

Domingo XII del TO Ciclo B



23 de junio de 2024

Job 38, 1.8-11

Sal106

2Cor 5, 14-17

Mc 4, 35-41

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús propone ir «*al otro lado*», a la otra orilla, es decir a tierras no-judías. Tal propuesta es conflictiva, pues implica muchas renunciaciones egóicas y grupales, y es arriesgada, pues supone abrirse en amor en un medio que puede reaccionar con hostilidad, como así sucedió con las persecuciones que sufrieron los cristianos.

En este contexto sitúa Marcos el pasaje de la tempestad. Esto determina su sentido. Se intuye ya que la naturaleza de la reflexión tratará sobre el riesgo del seguimiento y sobre las resistencias que suscita. Se va a hablar de cómo seguir a Jesús y a qué Jesús seguir.

Para empezar, Marcos utiliza muchas veces «*al anochecer*» para expresar peligro, dificultad, soledad. Suele ser un complemento plástico muy propio de su visión del amor arriesgado.

Dice el texto que los Doce «*despiden a la gente y se lo llevan en la barca, tal como estaba...*» Aunque la iniciativa de marchar parte de Jesús, los sujetos de esta acción son los discípulos, quienes «*se lo llevan*». ¡Qué raro! Da la imagen de como si se tratara de un secuestro. No dejan tiempo a Jesús para decidir quién le acompaña, sino que se lo llevan alejándole de otros que podrían sumarse a la misión («*otras barcas*»). ¿Qué sentido puede tener esto?. Es como si los Doce quisieran acaparar a Jesús, controlarlo, tenerlo solo para ellos, en «*su barca*», aunque otros querían ir tras él («*otras barcas*»).

Quienes se llevan a Jesús para monopolizarle y huyen de la entrega amorosa a todos, van camino del fracaso. El único camino auténtico es asumir el riesgo del amor dado, aunque cueste mucho admitirlo-vivirlo. A un nivel de sentido profundo, la borrasca es el símbolo de las pruebas-dramas-dificultades que se presentan en la travesía del mar de la vida. ¿Qué hacer ante ellas? ¿A quién acudir? La respuesta dependerá mucho de la visión que se tenga de Dios y de Jesús.

Pero a Jesús lo tenían dormido, atrás, en la popa de la barca. Aquí está la clave. Cuando Marcos escribe (años 60) Jesús de Nazareth ya no está. Los cristianos proclaman al Cristo, a Jesús ya resucitado, plenificado por Dios a su diestra. Parece que algunas iglesias se centraron sólo en el Cristo resucitado en el cielo, olvidando al comprometedor Jesús terreno que anduvo el camino arriesgado. Y es que ver sólo al Cristo divino es como negar al Jesús hombre real, histórico y personal, y convertirlo en alguien alejado-separado en su trascendencia, es una especie de "tótem" divino cuyos favores pueden obtenerse mediante invocaciones y ritos (visión mítica de la religión).

Desde nuestro lenguaje actual podemos decir que tal visión tiene un componente interesado inconsciente, no fácilmente perceptible. Podemos ver ahí una medida de seguridad del ego, que busca auto-protegerse. Porque hacer presente a Jesús es dejar que su mensaje de donación altruista resuene continuamente cuestionando los intereses

propios y poniendo en evidencia los intentos egoístas de apartar a los otros de nuestro lado. Separar a Jesús es reducirlo a un objeto religioso, al que puedo adorar y venerar, sí, pero cuya palabra sigo o administro yo a mi conveniencia (Jesús no está presente para cuestionarme).

Nos cuesta mucho más ver a un Jesús vivo en la vida cotidiana. Nos asusta a veces ver a Jesús en nuestro prójimo, sea éste un familiar, un vecino o un extraño. Nos incomoda acordarnos de Jesús cuando vemos a un pobre, a los que padecen la injusticia en nuestra ciudad o en el mundo. Nuestro ego se sobresalta cuando vemos a Jesús en alguien que nos pide ayuda, comprensión, paciencia o perdón. Ese Jesús que nos dice «todo ser humano es tu hermano y tu hermana: ámalo sin medida» le gusta poco al ego. Y el ego, enseguida, le responde: «cállate, no me molestes; mantente dormido, en silencio, atrás, en la popa de mi barco, en el pasado». Como los Doce, que no tienen a Jesús despierto, no lo sentimos vivo en nuestras vidas. Porque no queremos pagar precios.

Pero tal actitud no impide que las pruebas lleguen. La realidad se impone y los discípulos, impotentes y fracasados en su pretensión de una iglesia sin riesgos, no tienen más remedio que «despertar» al «Maestro». «Despertar» al Maestro implica acoger-asumir en la vida propia todo lo que ese Jesús del servicio-entrega fue, pasó y vivió, y estar dispuesto a pasar por lo mismo que él pasó, sin pretender huir mágicamente de las pruebas.

La pregunta de los discípulos «¿no te importa que perezcamos?» expresa la desesperación-frustración y el reproche de los que se ven impotentes ante la adversidad. Como la prueba, la dificultad, la tormenta no desaparece, el reproche a Dios se impone dudando incluso de la fidelidad de Jesús, de su amor: «¿no te importamos? Pero, a pesar de sus errores, esos discípulos no están solos. Jesús sigue "estando con ellos", es incapaz de abandonarles.

« ¡Calla, enmudece!», le grita Jesús a la tormenta. Jesús habla aquí como habla Dios en tantos pasajes bíblicos: se dirige a la adversidad en tono imperativo: «calla, enmudece» (las mismas palabras que dirigió un poco antes a los demonios que tiran al hombre por tierra). Le habla como a un demonio: este mal interior, este "demonio", es el miedo a afrontar-pasar las pruebas.

Este relato de la tempestad calmada es, pues, una invitación para nosotros para que nos hagamos esa pregunta, para que reflexionemos sobre quién es Jesús en nuestra vida, sobre si lo tenemos «dormido» (como una idea, como un ser del pasado, como un tótem divino todopoderoso), o si, por el contrario, lo sentimos como un ser vivo concreto, que pasó una trayectoria concreta, y que, de un modo misterioso, se hace realmente presente en nuestra vida y nos acompaña y da fuerzas ante los vientos y tempestades. De hecho, todo el evangelio de Marcos plantea la gran pregunta de ¿quién es Jesús?, y trata mostrar quién y cómo es Jesús (y, por contraposición, quién y cómo «no» es Jesús).